

Sección Rescate*

Héctor Alfredo Castro Fernández (1889-1966) es probablemente la figura más relevante de la dramaturgia costarricense en el segundo tercio de este siglo.

Publicó una docena de obras de distinta extensión entre 1937 y 1956, aunque solo dos de sus obras fueron llevadas a escena. Las razones pueden ser diversas: por un lado el escaso desarrollo del teatro costarricense en esa época; por otro lado, el hecho de que el autor, quien se formó en Francia, escribía en francés y sus textos debían ser traducidos al español para ser publicados o representados.

La Sección Rescate reproduce hoy un comentario de Lorenzo Vives, uno de los amigos y traductores de Castro, sobre una de las obras de este dramaturgo, **Aguas Negras**, publicada hace 50 años en traducción castellana de Abelardo Bonilla y María Rosa Picado.



Alfredo Castro F.

* A cargo de Alvaro Quesada Soto, Profesor Escuela Filología, Lingüística y Literatura,



“Aguas Negras”

Lorenzo Vives



La obra teatral, ha tiempo esperada, del consagrado autor nacional Alfredo Castro F., conocido con el seudónimo de Marizancene, ha aparecido, vertida del francés al castellano, por María Rosa Picado Chacón y Abelardo Bonilla. Los que esperábamos la nueva producción de Marizancene, creíamos que sería otro libro bueno, como los anteriormente publicados; pero AGUAS NEGRAS es algo fuera de lo esperado. Es una producción que escapa a la comparación. No tiene ningún parentesco global con las otras obras del mismo autor, aunque toca temas que son exclusivos de ellas: el imperativo sexual, la rebeldía de individuo, la lucha de clases. Esta nueva creación los abarca todos, y todos tienen la misma estima. De ahí el valor de la pieza. Que no es un asunto que se desarrolla independientemente de la misma vida, sino que son varios que el acontecer pone sobre el plano de la existencia de las gentes del bajo tropical. En medio de la selva, a la orilla del mar, en donde el Espíritu de la Tierra deja sentir toda su influencia sobre los pobrecitos hombres que se sienten acogotados por la atracción

telúrica y que han perdido toda voluntad de elevación. He aquí, pues, el escenario del nuevo drama de Marizancene. Sí, aguas negras, aguas negras en los cuerpos y en las almas.

Tres jornadas tiene la obra y ellas van desarrollándose sin brusquedades, como la cosa más natural, como la misma vida plena de deseos brutales. O'Neill, sabe encuadrar en pocos personajes un sólo aspecto del drama total de la vida humana; Pirandello, irónicamente, desgarrar la entraña del vivir cotidiano y deja ver tal o cual pasión (en EL HOMBRE, LA BESTIA Y LA VIRTUD); Shaw, se concreta a un aspecto más o menos robusto de la comedia diaria (LA PROFESIÓN DE LA SEÑORA WARREN), pero Marizancene coge, valientemente, toda la vida, no en tal o cual aspecto, sino en todos los semblantes que ofrece. Y aquí su obra tiene un enfoque teatral, escénico, es cierto, pero el cine puede aceptarla y ofrecerle toda la amplitud dimensional ya en lo material, ya en lo espiritual que ella encierra. Buñuel sabría darle la expresión espléndida que necesita, porque es tal la grandiosidad del contenido que su realización abate las trabas de un escenario. Tal vez, ni el mismo autor se ha dado cuenta de lo que ha logrado. Son pocas las producciones que manifiestan el existir en las zonas pestilentes de este continente, y son muchos lo que en él han nacido y desconocen muchas facetas

del vivir de las tierras bajas. Con Rómulo Gallegos, con Ciro Alegría y José E. Rivera, ahora Marizancene viene a aportar un nuevo libro al acervo existente. Necesario es que los valores intelectuales del continente y de fuera, lo conozcan. Aquí, nunca se había hecho nada igual.

Sin trucos modernistas que den ciertos giros al teatro clásico, el autor pone los personajes sobre las tablas y los hace mover como seres de cuerpo y alma. Ni métodos novelísticos, como O'Neill, tiene necesidad de adoptar: su teatro es puro, clásico, con semblanzas helénicas.

Hemos hablado de motivos y lo hemos dejado. Enfocando la mente en el momento de desarrollarse la tragedia, captamos los siguientes: el grito sexual con los celos, crímenes e incestos de los complejos de Edipo y Electra; las diferencias raciales consignadas en las conductas de los blancos, sobre todo Mr. Buxter, brutal y diabólico, y el Dr. Tilbury —El Cristo Negro— representante de la raza negra de la zona, con sus misterios y sus prácticas de magia negra; y la cuestión social. Tales los tres temas principales que nunca se superponen, sino que se complementan de tal manera que logran formar un todo armónico vital. Pero, además, el lector acucioso, sabe ver otros motivos secundarios: la influencia ecológica; la magia de los primitivos, movidos por el temor y el espanto; lo moral, en las reacciones de los seres no del todo embrutecidos; la mística, y la psicología de los caracteres.

En la primera jornada, los deseos incontenibles preparándose a resistir los embates de la tormenta pasional. Señálense los preludios de la tragedia. El amor de posesión carnal, bestial, abate todos los im-

pedimentos morales y legales. La bestia vence al ángel.

En la segunda, se realiza la tormenta moral. Es el *pathos* que camina inexorablemente por el trillo más corto, irrespetando derechos y propiedades ajenos. En este punto releemos a Esquino, a Sófocles y hasta a Jean Cocteau, pues reaparecen los dramas cruentos de Edipo y Electra. Pero, apartándose de las líneas generales conocidas, y hasta de las trazadas por el citado O'Neill en su trilogía ELECTRA, la víctima, Miguel, sabiéndose engañado por su mujer, Vera, y su hermano Raúl, posee bestialmente, por última vez, a la incestuosa, y luego, acepta la pócima que la sirviente mulata, Adoración, le presenta, para que se libre de una vez y deje libres a los amantes. Raúl siente el afecto de hermano y le grita que no la beba, que está emponzoñada con chigua. Pero Miguel, que de todos modos ha de morir y de las aguas negras, les dice a los dos: *"Deja. ¿De acuerdo los dos? Ya está hecho. Y sin remedio. Mañana vendrá el cochecito fúnebre sobre los rieles y se detendrá frente al bungalow. Al menos la zona no me dará el golpe de gracia con sus fiebres. Son seres humanos que me mandan al otro mundo. Ahora ni una palabra a nadie de lo ocurrido. Esto debe quedar en secreto: un secreto criminal que ata para siempre. Déjame hablar, Vera. Me voy, mas les dejo a los dos como una obsesión, y especialmente a ti, Vera, el recuerdo de anoche.... Estaré siempre entre los dos. Es mi venganza! El veneno que me dieron me libera de mis sufrimientos; el que yo les dejo es más terrible, porque los unirá para siempre en el crimen, desatará los brazos que el amor habría podido unir, y amargará los labios que querrán unirse... No tengo más*

que decir. Gracias a Uds. tendré esta noche el descanso absoluto". A Vera y a Raúl que tratan de ayudarlo: "No! Lejos!" Ya en la puerta de su cuarto, termina: "Sobre todo, no pidan socorro, y para todo el mundo, ya lo saben, han sido las aguas negras... Las aguas negras!" Así acepta el crimen de la mujer y el hermano, de aquella mujer de sus esperanzas. Por esto le viene de perlas la pócima preparada por la Corce mulata, que supo, otrora, captar la voluntad de Domingo, que de ingeniero desciende a insignificante peón para que le dé, a ella, el placer que necesita. Y es que, como los monstruos vegetales, los hombres buscan abrazos definitivos que logren una cópula inacabable. En la zona baja del trópico, sólo ansias de procrear dominan, y el hombre se hace bestia, y la mujer lo cobija con su bestialidad. El verdadero amor, que es donación de espíritu, está arriba, donde el Espíritu de la Tierra no puede manifestarse con tanta pujanza, como en las zonas bajas, en donde todos caen, tanto el fanático misionero de Sommerset Maugham, como el predicador viajero de Erskine Caldwell.

La tercera y última jornada es la del dominio de la selva a flor de mar con toda su fuerza arrasadora, con sus misterios, con sus prácticas de magia negra, con sus Cristos Negros, y sus misas también negras. Arimán, en ella, cabalga en nubes veloces y ora aquí, ora allá, deja por doquier su aliento pestífero,

Tomado de *REPERTORIO AMERICANO*, Vol. 47, N° 14, 1952, p. 239

matando a los cuerpos y martirizando a las almas. La civilización en Mr. Buxter y en Couri-Couri, pierde su eficacia y es atrapada y metamorfoseada por ese empuje brutal de la selva, que ahínca sus garras ya en las fieras, ya en los hombres, cuyas vidas dejan de ser dignas para convertirse en ecos debilitados.

Como buen psicólogo, Marizancene nos hace conocer los caracteres de cada una de las marionetas cuyos hilos el destino insobornable mueve, pero no como tantos autores pesimistas, pues nos hace sentir emocionados por el clamor de las almas que, sabiéndose caídas, anhelan la elevación. Dignamente toca —lo ha hecho siempre, como fondo de sus obras— el complejo sexual, expresando la amarga tragedia de los seres que se sienten poseídos por la amarga obsesión del goce del sexo opuesto. El problema social queda valientemente tratado al sacudir con la fusta que fulmina a Vera despertando su espíritu, toda la obra monstruosa de Mr. Buxter que es de codicia y de irrespeto a la vida del peón.

Vera, al despertar de su ensueño, se da cuenta de que la selva dejará de ser la chupadora insaciable, cuando sean sus propios hijos quienes la cuiden. Nadie puede contra el medio, y el ser ha de ser hijo del ambiente si no quiere dejarse abatir por él. Que hasta las plantas se niegan a vivir en medios hostiles. Lo ecológico rige toda la vida. El espíritu no puede con la materia: o uno, o la otra.

